

Don Giussani. El ímpetu de una vida

FERNANDO DE HARO

*Don Giussani.
El ímpetu de una vida*

Fundador de Comunión y Liberación

SEKOTIA

© FERNANDO DE HARO, 2023
© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2023

Primera edición: marzo de 2023

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN NARRATIVA CON VALORES
Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN
Maquetación: MIGUEL ANDRÉU

www.sekotia.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Sekotia
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls
ISBN: 978-84-18414-56-5
Depósito: CO-133-2023
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

INDICE

1. Protagonista.....	9
2. La dote de Desio.....	21
3. Venegono, el alto sentir y el bello día.....	31
4. Los comienzos en el Berchet.....	49
5. La nueva GS: una fe a la altura de los desafíos.....	65
6. Como en la Palestina del siglo I.....	83
7. 1968: cuando la tradición no es suficiente.....	99
8. De la utopía a la presencia.....	115
9. Libre obediencia.....	129
10. Sin patria.....	143
11. El yo, el poder y las obras.....	159
12. Lo más querido del cristianismo.....	173
13. La vida como vocación.....	183
14. Sed hombres verdaderos.....	197
15. Un acontecimiento imprevisto.....	209
16. Dios, todo en todo.....	227
17. El futuro con España.....	239
18. Misericordia, la palabra que arrancar del diccionario.....	253
19. Pero existe el yo.....	263
20. Emboscadas de alegría.....	275
Fuentes.....	295
Bibliográficas.....	297

1. PROTAGONISTA

Fue por ignorancia. Hablaban así porque no sabían qué decían. Aquellos tres chicos se pusieron a hacer bromas de mal gusto sobre la Iglesia y los curas porque creían que lo sabían todo del cristianismo y que no era un asunto serio. No era un asunto serio ni merecía el mínimo respeto. Seguramente lo hicieron porque le vieron con la sotana. Sucedió lo mismo que había ocurrido en el viaje a Rímini. Subieron en Cattolica; Giussani había tomado el tren en Ancona. Los escuchó y se puso a discutir con ellos. Iban en aquellos vagones de principios de los años cincuenta, todos corridos, en tercera, con los asientos duros, de madera. Se oía cualquier conversación. Discutió con ellos como había discutido en otro tren con los antiguos partisanos que decían que los curas tenían mujeres escondidas, o con un profesor de Física con el que habló acaloradamente y le dijo que para ser feliz había que comprenderlo todo. Los tres chicos que se pronunciaban así lo hacían por desconocimiento. No lo entendió hasta que no llegó a Milán, hasta que no hizo el camino desde la estación de Venegono hasta el seminario, hasta que no llegó a su cuarto. Era por ignorancia. Casi nadie se daba cuenta entonces de que las cosas no iban bien, piensa el sacerdote después de cuarenta y cinco años. Los chicos del tren seguramente habían

recibido catequesis, como todos. Habían ido a clase de Religión porque entonces era obligatoria. Las parroquias estaban llenas los domingos, los buenos resultados de la Democracia Cristiana en las elecciones hacían pensar que nada había cambiado. Cuando Acción Católica convocaba para una celebración masiva, las calles y las plazas se llenaban. Pero ya entonces, para muchos la fe era una idea burguesa amontonada en el cesto de las ideas burguesas. No se abandonaba porque ni siquiera merecía la pena deshacerse de ella. No se podía reprobar moralmente a aquellos chicos por haber dejado de lado el cristianismo. No sabían qué era. No había un método para proponérselo. Giussani se dice que aquellos tres chicos nunca lo supieron, pero fueron parte del modo sutil, delicadísimo, con el que Jesús le llamó y él se dejó aferrar.

A principios de mayo, la hierba de los prados en las suaves colinas que rodean un pequeño pueblo de la provincia italiana de Piacenza tiene la fuerza de la primavera avanzada. Sus vecinos van y vienen a los campos, a trabajar en los huertos, a cuidar los árboles frutales vigilados por rosales alegres. No muy lejos, el Nure, el torrente que nace en los Apeninos, baja con abundante agua. Luigi Giussani trabaja desde hace días en una casa fresca, con un porche, entre grandes árboles. A finales de mes tiene que intervenir en la vigilia de Pentecostés que se va a celebrar en el Vaticano. El papa quiere reunirse con los movimientos eclesiales en un encuentro multitudinario en la plaza de San Pedro. Le han asignado diez minutos, pero desde hace semanas trabaja en lo que va a decir. Tiene setenta y cinco años, lleva cuatro décadas hablando en público, dando clase, dictando conferencias. Decenas de miles de personas en el mundo le siguen, leen sus libros. Pero no se siente seguro. Confiesa a los que tiene cerca que está nervioso. Ha redactado ya al menos veinte versiones del texto. Ninguna le satisface del todo. Quiere hablar de él, de su vida. Tiene la sensación de que sus palabras van a ser una suerte de testamento, una síntesis de lo que el carisma que se le ha concedido puede aportar a la Iglesia y al mundo. Por eso le vienen a la cabeza episodios que atesora en su memoria, como el día que se bajó del tren que había recorrido la costa del Adriático y, al llegar a su cuarto, se dio cuenta de que aquellos tres chicos hablaban así del cristianismo porque no lo conocían.

Desde hace dos años el párkinson, diagnosticado a comienzos de 1992, le mortifica, le limita su capacidad de trabajo, necesita ayuda para las tareas más sencillas. Esa dependencia le hace sufrir. Por eso, cuando reza el breviario se identifica de forma espontánea con la pregunta del salmista: ¿Qué es el hombre para que Dios se acuerde de él? (salmo 8). Es la pregunta que más le impresionaba ya antes de que apareciera la enfermedad.

Cuando su padre, socialista, antes de dormirse, le contó por primera vez la historia del rico Epulón, su corazón de niño supo que era necesaria la justicia, una justicia aparentemente imposible. Cuando le llevó con su hermana, disfrazada de chico, a la ópera, en las mil ocasiones en que disfrutaron de la buena música, supo o quizá solo intuyó que era necesaria una belleza sin fin, una belleza más definitiva de la que en ese momento le hería. ¿Quién era ese niño, tan poca cosa, para sentir con tanta intensidad? ¿Quién era ese joven que lloraba por las noches en el seminario porque nunca llegaría a ser un genio como Beethoven?

Iba a iniciar su intervención en Roma con la frase del salmo 8. En realidad siempre había comenzado así, desde que empezó a dar clase de Religión en el Instituto Berchet y le recibieron con recelo y cierto menosprecio porque aquel era un instituto laico, de jóvenes que habían jugado entre los escombros dejados por la guerra y que ya no creían en nada. No quiso empezar con el catecismo sino hablando de la necesidad humana que tenían los chicos, de la necesidad que desbordaba en los versos de Leopardi, el poeta ateo, que había sido su gran compañero en Secundaria: «Si polvo y sombra eres, ¿por qué tan alto sientes?».

Sí, siempre había empezado como había vivido, con la punzante claridad de que el hombre, solo, no puede ser hombre. Sin haber sufrido en sus huesos la soledad que engendra la insuficiencia de las cosas, todos los razonamientos que hubiera hecho después, todas sus clases, hubieran sido ideología, hubieran sido una palada más de ese cristianismo sin sentido del misterio que le rodeaba por todas partes, ese cristianismo que tanto rechazo le producía. El papa lo había explicado bien hacía unos años: la fidelidad era imposible si en el corazón del hombre no había una pregunta para la que Dios fuera la respuesta. Era la pregunta que había encontrado en su viaje a Japón, en su amistad

con los monjes budistas del monte Koya, en la urgencia de autenticidad y de cambio de la sociedad que estalló en el 68. Una urgencia que en gran medida habían anticipado años antes los jóvenes del movimiento de GS (Gioventù Studentesca), de su GS, la que él había refundado en Milán. Esa necesidad era la que ahora parecía haberse oscurecido. Este tiempo, el final del siglo XX, estaba bajo las sombras de lo deshumano.

Se había levantado, como de costumbre, a las seis de la mañana para ver las noticias del día en Euronews. Y había vuelto a dominarle la sensación que había experimentado en los últimos meses. Las noticias hablaban de la guerra en Kosovo —todavía una guerra en Europa—. Hablaban de albaneses ahogados intentando llegar a Italia. Al ver y escuchar los treinta minutos de vídeos informativos había tenido la sensación de que la esperanza se derrumbaba: era como si la historia hubiese llegado a una orilla árida e infecunda. Faltaba el sentido del misterio del yo, de la persona. Esa había sido siempre su pasión, la persona, las personas concretas.

Llega a la casa, desde Roma donde vive, Jone Echarri, una fisioterapeuta española que le trata hace algunos años para reducir los efectos del párkinson. Jone llena la casa de alegría, y después de una sesión, Giussani celebra misa para el pequeño grupo que le acompaña. El sacerdote, al terminar, comenta sorprendido lo misterioso que le resulta que Jesús haya querido hacerse presente para cuatro personas. En el seminario tuvo durante un tiempo el Cristo pintado por Carracci sobre su escritorio. Le puso debajo la frase del gran teólogo alemán Johann Adam Möhler: «Pienso que no podría vivir si no le oyera hablar de nuevo».

Había sido un buen seminarista, piadoso, ejemplar, obediente. Hasta que un día, en primero de Bachillerato, escuchando a un profesor explicar el prólogo del evangelio de san Juan, todo cambió. Antes lo había oído, leído, cientos de veces. Pero ese día todo cambió. Cristo dejó de ser el término venerado y apasionado de su pensamiento, de su devoción. Lo redescubrió como una persona presente. La humanidad de Cristo, que en la Palestina del siglo I había sido el punto de partida de una multitud de encuentros, como el de la samaritana, el del ciego de nacimiento, el de Zaqueo, le había alcanzado en ese momento. Llegaba hasta él por medio de una cadena de testigos: su madre y el

profesor del seminario eran el último eslabón. Aquel día reconoció esa humanidad como la respuesta a su humanidad de adolescente. Solo la humanidad de Cristo se tomaba en serio su humanidad. También esto lo iba a decir el próximo 30 de mayo. A la pregunta: ¿Qué es el hombre?, Cristo respondía con otra pregunta: ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si luego se pierde a sí mismo? Y eso le cortaba la respiración. Nadie le había afirmado y valorado como le afirmaba y le valoraba Jesús al hacer esa pregunta. Nadie había hablado así nunca, nadie hablaba así. Eso es lo que siempre quiso comunicar a sus alumnos, la experiencia del amor singular que tenía Cristo por el hombre. En los primeros años, hasta que aparecieron otras preocupaciones, casi siempre empezaba a hablarles con la misma provocación: ¿Qué podéis dar a cambio de vuestra vida?

Se acuerda ahora del día que entró en la basílica de Nazaret. Leyó, en la que había sido la casa de la Virgen, un letrerito que decía «*Verbum caro hic factum est*». Aquí el Verbo se hizo carne. Aquí, en el mundo, se había hecho carne, en las circunstancias por las que tenía que atravesar. Por eso el rezo del Ángelus, la oración que recordaba la encarnación, era su primera oración del día, la que repetía varias veces a lo largo de la jornada, la que invitaba a rezar a sus amigos.

La vigilia de Pentecostés se celebra el sábado por la tarde y Giussani llega a Roma el miércoles. Le acompaña Stefano Alberto, sacerdote conocido por el sobrenombre de don Pino, uno de sus más estrechos colaboradores. Se alojan en un apartamento a pocos metros de la Universidad Urbaniana, junto al Tíber, a cinco minutos en coche de la basílica de San Pedro. Las calles del cercano Trastévere, sucias, recoletas y encantadoras, como siempre en primavera bullen de turistas. La luz de finales de mayo, todavía suave, invita a disfrutar de la ciudad. Pero Giussani no se encuentra bien: además de los efectos del párkinson sufre esos días de ciática. Ha reescrito ya decenas de veces lo que quiere decir delante del papa, pero hasta el sábado trabaja en el texto durante seis o siete horas al día. Le falta el final. No tiene claro cómo va a acabar. Don Pino ha viajado con una impresora y pronto la sala del apartamento se llena de papeles con las nuevas versiones. Cada vez que lee su pequeño discurso corrige alguna palabra, alguna frase.

Le pide a don Pino que le repita el fragmento con el que acaba la primera parte de su intervención.

—«Era una sencillez de corazón la que me hacía sentir y reconocer como algo excepcional a Cristo» —le lee el amigo.

El sacerdote hace un gesto, dando a entender que no quiere cambiar nada. Fue así desde el momento en que se reencontró, en el seminario, con el anuncio de que el Verbo de Dios se había hecho carne. Había una presencia con la que se podía abrazar todo, era sencillo reconocerla, como lo había sido para los discípulos. Todo había quedado invadido por la encarnación. Desde entonces, sus años habían estado marcados por una tenaz alegría. No se la había quitado ni el abandono de sus estudios de Teología ni los difíciles años de enfermedad al comienzo de su sacerdocio. Entonces ardía en deseos de entregar sus días por la felicidad de los hombres y había tenido que guardar durante largo tiempo un mortificante reposo. Tampoco la había perdido por las incomprensiones de su obispo y de buena parte de la Iglesia. Ni por sus errores, ni porque en el 68 muchos de los que había educado se hubiesen marchado detrás de la ideología del momento.

La cuestión siempre había sido comprender. Comprender y comunicar a otros el origen de esa alegría. No bastaba simplemente repetir las palabras de la tradición de la Iglesia. Había que descubrir, experimentar y hacer experimentar al hombre de finales del siglo XX por qué era razonable la fe en Jesús de Nazaret. Esa había sido otra pasión, encontrar el modo de comprobar que todo aspecto humano que se viviera en el Espíritu de Jesús, resucitado de la muerte, florecía. Jesús de Nazaret era el hombre del que dependía todo lo positivo que había en la existencia. Pero los chicos tenían que poder gustar ese cambio radical, como le había sucedido a él, como les había sucedido a Juan y a Andrés aquel día que pasaron la tarde en su casa.

Piensa entonces que lo más importante que ha dicho en su vida ha sido que el Misterio se ha manifestado a los hombres hasta hacerse objeto de su experiencia. ¡Cuántos problemas le había traído usar la palabra «experiencia»! Pero no había querido renunciar a ella.

Empezó con los jóvenes porque casi desde el principio había sido profesor. Si se hubiera dedicado a otra cosa, lo hubiera hecho donde hubiera estado. Al comenzar a dar clase en el Berchet, en 1954, la pri-

mera urgencia fue hacer comprender a sus alumnos qué era la razón. Siempre lo había dicho: sin razón no había fe. Y entonces fue cuando comenzó a surgir algo nuevo. Es otra de las cosas que va a decir el sábado. Giussani va a contar que después de haberse encontrado con Jesús y de comunicárselo a los que tenía más cerca, se había generado un pueblo en torno a él, un pueblo que se congregaba en el nombre de Cristo. Primero fueron los estudiantes de Milán, luego de otras partes de Italia, y pronto llegaron las vocaciones consagradas. La misión en Brasil fue un empeño suyo. Y con los años el fenómeno se extendió por buena parte del mundo. El pueblo del movimiento de Comunión y Liberación, que había llegado a más de noventa países, hacía presente el cristianismo en ambientes donde la fe parecía no tener nada que decir. Sus miembros habían levantado obras, habían hecho política. Pero él siempre había rechazado cualquier tipo de hegemonía; el cristiano no podía tener gusto por la hegemonía, que solo era de Dios.

Al principio, en los primeros quince años, cuando el movimiento no se llamaba Comunión y Liberación sino GS, no era consciente de haber recibido una gracia particular, un carisma. No había pretendido fundar nada. Comenzó a trabajar dentro de Acción Católica y lo último que pensaba cuando empezó a reunirse con los jóvenes, a irse de excursión con ellos a la montaña o de vacaciones, cuando iniciaron sus visitas todos los domingos a la Bassa, una de las zonas más deprimidas de las afueras de Milán, lo último que se le ocurría entonces era que todo aquello siguiera vivo un día, un mes más, un año más. Fue en el diálogo con la autoridad de la Iglesia, que tanto había buscado y que tanto le había hecho sufrir, donde descubrió que había recibido un don del Espíritu Santo. Un don para que el hombre moderno pudiera conocer y tener afecto por Cristo.

Después de una larga sesión de trabajo y una cena frugal, Giussani y don Pino esperan con mucha antelación, en la calle, a que los recoja un coche. Van a hacer una visita a los jardines del Vaticano. Un conductor los lleva en pocos minutos hasta el Borgo Pio, cruzan la Via di Porta Angelica para entrar por la puerta de Santa Ana. El guardia suizo los saluda y dejan atrás el bullicio de una noche romana en la que la buena temperatura tiene las terrazas y las heladerías llenas. Los recibe en los jardines monseñor Gianni Danzi, secretario general del

Governatorato della Città del Vaticano. Giussani baja del coche con ayuda de don Pino. Saluda y le da las gracias con énfasis a monseñor Piero Marini, maestro de las celebraciones litúrgicas pontificias, por todos sus desvelos. El prelado hace de cicerone y los acompaña en un breve paseo por los arriates, entre parterres muy cuidados, cipreses, pinos y algunas palmeras. La noche serena anticipa el verano. Giussani hace algunas preguntas y pondera la belleza del momento.

Sigue pensando en su intervención del sábado cuando regresa al apartamento. Va a decir claro que ese pueblo que se ha formado le ha cambiado. Todo se ha vuelto más religioso en él hasta descubrir, como le ha sucedido recientemente, que Dios es todo en todos. Todavía no sabe cómo va a acabar su intervención. A medida que se acerca el momento de hablar en la plaza de San Pedro, el sacerdote se va sintiendo más inseguro.

El sábado amanece, después de haber descansado pocas horas, casi convencido de que no va a poder hablar. Se siente indispuerto y le comunica a don Pino que se prepare para sustituirle. La ciudad se llena de peregrinos que llegan de toda Italia desde primeras horas de la mañana. Hace calor. Está previsto que, durante la tarde, caiga un sol de justicia sobre las cabezas de las decenas de miles de personas que van a reunirse para escuchar a los líderes de los movimientos y al papa. Giussani le pide a don Pino que haga varias copias del discurso; puede que se levante aire y se pierdan los papeles. Está nervioso, sabe que va a vivir uno de los momentos más importantes de su vida. Sale en dirección a San Pedro con el fajín de color fucsia sobre la sotana, el fajín que acredita que el papa le ha dado el título de monseñor. Todas las calles aledañas a la Via della Conciliazione están ya cortadas. La mayoría de los que van a asistir al encuentro llevan horas esperando. Solo los más afortunados lo seguirán desde la misma plaza. El ambiente es festivo. Muchos intentan evitar la insolación con gorras. Se abanicán.

El sacerdote recibe un último tratamiento de fisioterapia breve de Jone antes de su intervención. Su rostro tiene un gesto grave. Le da las gracias a la española. Espera a que la organización le indique el momento para sentarse junto a los responsables de los otros movimientos que también van a participar. Tienen un sitio reservado justo donde empieza la zona que se conoce como «el sagrado». Giussani se

siente ahora fuerte para hablar, pero le pide a don Pino que no se aleje demasiado. Mientras recorre los pocos metros que le separan del sitio asignado, algunos obispos rompen el protocolo y se acercan a saludarle. El sacerdote parece un hombre sano, un hombre joven. Juan Pablo II sale en el papamóvil por el Arco de las Campanas y la plaza estalla de júbilo. Se agitan pañuelos para recibir al polaco, que ya se mueve con dificultad y que también sufre los efectos del párkinson. Más de uno se siente incómodo por una expresión de emotividad que le parece demasiado juvenil. Giussani es el primero en hacer volar su pañuelo como un chiquillo para saludar al papa de la encíclica *Redemptor hominis*, la primera encíclica en la que afirmaba que Cristo revelaba el hombre al propio hombre. Había sido para él un resplandor en medio de las tinieblas.

El cardenal Stafford, presidente del Consejo Pontificio para los Laicos, comienza el encuentro con un breve discurso, en el que recuerda la presencia de cincuenta movimientos y nuevas comunidades que son el vértice de un nuevo Pentecostés. El papa, con un gesto marcado por el dolor, escucha desde un gran sillón instalado entre el sagrado y la entrada a la basílica. Cuando le llega el turno, Giussani se dirige a un atril cercano. Sus movimientos son rígidos pero firmes. Don Pino se queda unos metros por detrás. Se levanta una brisa que agita la sotana del sacerdote. Pero los papeles, grapados, no se vuelan. Refresca en Roma, la tarde declina.

Comienza a hablar con alguna dificultad para vocalizar, pero enseguida va ganando claridad. Reina un silencio atento. Recuerda la pregunta del salmo 8 y la pregunta de Jesús. Subraya el amor singular de Cristo al hombre. Detalla cómo su experiencia, que podría haberse considerado una experiencia singular, se ha convertido en protagonista de la historia, en un instrumento al servicio del Pueblo de Dios. El eco de su voz vuelve, tras algunos milisegundos, después de haber rebotado en todos los rincones de San Pedro. Parece haber rebotado también en muchos rincones del mundo.

Los últimos minutos los dedica a la infidelidad, a la imperfección de cualquier gesto humano. Desde que empezó su trabajo con los jóvenes se había dado cuenta de que el moralismo era una de las grandes barre-

ras para vivir la fe. La coherencia se establecía ya en los años cincuenta como un presupuesto y no como una gracia.

Afirma que la debilidad humana no es, como a menudo se señala, un obstáculo para que crezca el afecto a Cristo, sino una ocasión. Lleva años recreando lo que había sucedido al borde del lago de Galilea. El momento en el que Pedro, con la memoria invadida por aquel canto del gallo que había denunciado su traición, con desprecio y una vergüenza casi absoluta por todo lo que había hecho y sido, había escuchado a Jesús resucitado preguntarle si le amaba. Los tres síes le habían dejado claro al propio Pedro la rotunda, la irresistible simpatía por aquel hombre al que ni se atrevía a mirar. Esa era la moralidad, ese era el punto de partida y la forma de cada paso del camino, la atracción que despertaba Jesús. La atracción que suscitaba por el modo que tenía de asar el pescado en las brasas, por su modo de mirar al cielo y a los lirios, por su compasión, por su sabiduría llena de ternura, por su modo de hablar con los poderosos. Lo había explicado muchas veces.

El sacerdote ya está a punto de terminar y lo hace hablando de la misericordia:

—El Misterio y su misericordia quedan como la última palabra, aun por encima de todas las negras posibilidades de la historia.

Para concluir, sintetiza en qué ha consistido su vida. Después de haber escuchado de labios de su madre las historias del Evangelio, después de que una honda nostalgia marcara su juventud y no se saciara en la formación que le ofreció uno de los mejores y más avanzados seminarios de Europa, después de haber querido ser ante todo un hombre, con toda la desproporción, con toda la necesidad que implicaba sentir auténticamente lo humano, después de haber rastreado en la música y en los genios de la literatura esa misma necesidad, después de haber reconocido un día tras otro, una hora tras otra, que Cristo no era solo un nombre sino alguien presente en la Iglesia y en cada una de las personas con las que se encontraba, después de haber educado la libertad de miles de jóvenes para que juzgaran, después de haberlos desafiado para que comprobaran si la fe respondía a sus deseos, después de todo eso, dobla el último folio y pronuncia las frases que hace solo unas horas ha encontrado en los pliegues de su ánimo para, en un solo trazo, recoger los últimos sesenta años de su vida.

—El verdadero protagonista de la historia es el mendigo: Cristo mendigo del corazón del hombre; el corazón del hombre, mendigo de Cristo —proclama.

Recoge los papeles del atril. Se le acerca el uruguayo Guzmán Carriquiry, uno de los organizadores del encuentro y subsecretario del Consejo Pontificio para los Laicos. Lo ayuda a caminar hasta donde se encuentra el papa, quien con dificultad se levanta para abrazarlo. Giussani hinca la rodilla en tierra, un gesto que su salud teóricamente no le permite hacer. Le dice algunas palabras a Juan Pablo II, que le coge por los hombros y le besa la frente. El papa se inclina con afecto y le contesta. La conversación queda en secreto. Parece que los dos titanes de lo humano, los dos titanes de lo cristiano, se asoman a una eternidad llena de tiempo, del tiempo que han amado y servido apasionadamente. Giussani se incorpora solo, otro gesto también imposible.

2. LA DOTE DE DESIO

Beniamino se levanta del asiento para bajarse en la próxima parada. Vuelve de Milán donde trabaja. Ha atravesado ya parte de la Via Humberto I, la arteria principal de Desio, con sus casas altas de piedra y sus muchas chimeneas. Van y vienen los tranvías, el asfalto está surcado por raíles que se cruzan. De tarde en tarde pasa un Fiat 522 con anchos guardabarros. Por la acera caminan trabajadores de la fábrica de seda. La familia Gavazzi abrió la fábrica en 1869, desde entonces en el pueblo se vive de la industria. Eso lo hace diferente. El resto de la región es todavía tierra de artesanos, de agricultores y de pequeños comerciantes. Beniamino vive en este rincón de la Brianza como vivió su padre y el padre de su padre. Los Giussani son vecinos, que se sepa, desde la Edad Media.

Beniamino salta del tranvía. Al cruzar la esquina y entrar en la Via Generale Cantore, le llegan los olores de la *capicola*, la *bresaola*, el *cacciatore* y muchos otros embutidos de la charcutería Arosio. Las manos de Beniamino son firmes, precisas, son las manos de un tallista. Beniamino tiene los ojos pequeños, el aire algo soñador. Gastó en una época bigote, con las puntas rizadas. Ya ha cumplido treinta y seis años. Sobre sus hombros lleva una historia nada fácil. Pasó cinco primaveras como soldado en la Gran Guerra, luchó en la batalla del río Piave contra los austriacos, cerca de Venecia. Se utilizaron entonces gases tóxicos. Luego llegó la gripe que a tantos mató, y que se llevó a

su madre y a dos de sus hermanos. Y ahora sufre unas estrecheces económicas que no había conocido en la infancia. Los efectos de la dura crisis del 29 se alargan. Beniamino es un hombre sensible. Nunca ha sido indiferente a la explotación que sufrían las niñas en la fábrica de los Gavazzi, con jornadas de diez horas por un salario de miseria. Por eso se hizo socialista, por eso fue secretario general del partido hasta el día que se casó, por eso vivió con orgullo la victoria en las elecciones de 1919. Fue entonces cuando Desio pasó a ser considerada una tierra roja. Beniamino siempre ha tenido pasión por la justicia, por la belleza de la música y por el arte. En su memoria siguen sonando todavía las tardes líricas en el Teatro La Fenice de Venecia, aparecen sus museos, los tesoros que dibujó cuando era soldado. Disfruta como un niño con las canciones populares y es capaz de casi cualquier cosa por asistir a una ópera.

Beniamino llega a casa, una casa de vecinos, con un patio compartido donde crece un rosal alto y algún árbol escuálido. Antes de subir, pasa por la barbería de la planta baja. Quiere echarle un vistazo al diario y apuntar dónde habrá este domingo polifonía. Beniamino no va a misa, solo pisa las iglesias para escuchar música. Ojea el periódico, que recuerda, una vez más, la hazaña de la flota de hidroaviones italianos que ha volado hasta Brasil dirigida por el general Balbo. Se ensalza el heroísmo de la *Regia Aeronautica*, siempre para mayor gloria de Mussolini. Corre el año 1931, hace seis que se estableció la dictadura. Hay también noticias de la invasión de la provincia china de Manchuria por tropas japonesas. Sube las escaleras y empieza a tararear *Il tango delle capinere* («El tango de las currucas»), una canción de Cesare Andrea Bixio. Le bailan los compases porteños en la mano. «*Cantano mille capinere, hanno la febbre in cuor*» («Cantan mil currucas, tienen la fiebre en el corazón»); su voz tiene respuesta en el eco del rellano. Abre la puerta y entona, prolongando las sílabas: «*A me-zza-no-tte va, la ronda del piac...*» («A medianoche va, la ronda del plac...»). No puede terminar la palabra *piacere* (placer). Su mujer, Angelina, viene corriendo a advertirle, como muchas tardes.

—¡Otra vez! ¡Mino, no puedes cantar esas canciones! ¡Te lo he dicho muchas veces, que los niños están en casa, que han subido del patio, de jugar, que acaban de pelearse! Livia le ha tirado de las orejas a Gigi, y

Gigi le ha respondido. He conseguido que se sienten y están haciendo los deberes.

Angelina tiene treinta años, el pelo corto, la cara redonda, los ojos vivos y, en las manos, las huellas de haber trabajado muchos años, también ella, en la fábrica de los Gavazzi. Está embarazada, y hace unos meses murió su tercera hija, Brunilde. Solo era un bebé. Murió de difteria. Este cuarto hijo, si es niña, se llamará también Brunilde. Beniamino hace un gesto de irónica resignación y entona: «*Caro nome che il mio cor festi primo palpitar*» («Querido nombre, que mi corazón hiciste palpar por primera vez»), de *Rigoletto*.

Gigi (Luigi), nueve años, y Livia, seis, los dos hijos del matrimonio, trabajan en una gran mesa en la que también come la familia. El chico viste pantalones cortos, una camisa clara sin cuello y una camiseta para evitar los efectos de la humedad. Ha oído a su padre y se levanta para ayudarlo a quitarse los zapatos. Después de pasar la mañana en la escuela y la tarde jugando a las canicas en el patio de casa, le gusta ese momento de intimidad.

—Gigi, buenas tardes —le dice Beniamino extendiéndole la mano, que después aprieta con fuerza.

Padre e hijo se miran con intensidad durante unos segundos. Beniamino está convencido de que su hijo debe aprender a saludar bien, con los ojos fijos en la persona con la que se ha encontrado, haciéndole ver que en ese momento no hay nada más importante en el mundo. El ejercicio se repite a menudo.

—Buenas tardes, papá —responde Gigi.

—He pasado por la barbería para mirar en el periódico en qué iglesias habrá misa con coro. Las tengo apuntadas.

El domingo es el día de la música en la casa de los Giussani. Cuando hay canto sacro, Beniamino lleva a sus hijos de una parroquia a otra. Por la tarde, si han ahorrado lo suficiente, viene a casa un cuarteto de cuerda que interpreta alguna pieza de Mozart, Liszt o Strauss. El domingo es el día de la música en la casa de los Giussani. En realidad, todos los días son el día de la música. Beniamino arrastra literalmente a Livia y a Gigi a todas las óperas y a todos los conciertos que se puede permitir.

Gigi vuelve a la mesa grande e intenta concentrarse. Livia también estudia. Los dos hermanos están muy unidos. Angelina se acerca a Gigi por detrás cuando ve que su hijo pierde la paciencia con una cuenta.

—Gigi, lo primero que tienes que hacer es reconocer que te has equivocado y luego volver a empezar. Es necesario volver a empezar tantas veces como haga falta —dice la madre.

Beniamino intenta explicarle a Gigi eso que no entiende, y Angelina le dice entre risas: «*Tas Mino, ché ti té fa 'la tersa*» («Anda calla, Mino, que tú te quedaste en tercero»). Angelina de vez en cuando le recuerda a Beniamino que ella ha estudiado más. Beniamino se marcha rebuscando en su memoria un aria que pueda ser apropiada para la situación.

Después de la cena, en torno a la mesa, Angelina cuenta un episodio de *De los Apeninos a los Andes*. Más tarde relata la historia evangélica de Zaqueo, el hombre que se subió a un árbol para ver pasar a Jesús, el hombre a quien nadie quería porque se dedicaba a recaudar los impuestos. Jesús le miró y Zaqueo bajó del árbol muy contento. Nunca había estado tan contento. Los dos niños escuchan con atención, con los ojos muy abiertos. Al terminar, Angelina los manda a su cuarto a que se pongan el pijama. Mientras Gigi se acuesta, piensa en la historia de Zaqueo. Pasados unos minutos, Angelina entra para arroparlos y darles el último beso del día.

—Ha empezado a llover. Acordaos de los niños que pasan frío, que no tienen un techo —les dice—. Rezad por ellos. He leído en el periódico del barbero que hay una guerra en China. Los japoneses han invadido la provincia de Manchuria. Hay muchachos que están muriendo solos, acordaos también de ellos. Don Amedeo siempre dice que debemos llevar en el corazón a las personas que más sufren.

Don Amedeo había sido coadjutor de la parroquia de Desio, pero por recelos eclesíasticos fue apartado de sus tareas habituales. Lleva muchos años relegado al confesionario, desde donde ha creado un movimiento de mujeres. Es la gran inspiración de Angelina.

Al día siguiente Gigi no va al colegio con Livia, como es habitual. Ha quedado con un par de amigos para hacer el camino que va desde su casa hasta la escuela Giulio Gavazzi. Después de saludarle, los dos compañeros de pupitre le cuentan a Gigi que el frutero tiene a la venta

unas castañas estupendas. Están lejos de su vista y han pensado que, al pasar, podrían llevarse tres: una para cada uno.

—Gigi, tenemos un plan: como tú eres el más rápido, cuando paseemos por delante las coges y luego nos las repartimos —le dice uno de los compañeros.

Azorado y nervioso, Gigi hace lo que le han dicho y se mete con rapidez las tres castañas en el bolsillo. Cuando se reúne con ellos hay risas. Se las comen pronto, antes de llegar a la escuela. A Gigi la alegría le dura poco. No se puede concentrar en las clases. Se pelea a puñetazos con un compañero. El dolor por las castañas robadas y por la pelea le hace pensar en sus padres. Los remordimientos casi le torturan.

Al volver de trabajar esa tarde, Beniamino no entra en casa cantando. Le llama con voz firme. Gigi está temiendo encontrarse con su padre.

—Buenas tardes, Gigi.

—Buenas tardes, papá —responde Gigi alargando la mano.

Padre e hijo se miran con la intensidad de siempre. Los ojos de Gigi están nublados por la vergüenza.

—He hablado con el frutero. ¿Qué has hecho, Gigetto?

Luigi se echa a llorar. Beniamino le quita dramatismo a la escena entonando: «*Ah! Il tuo vecchio genitor tu non sai quanto soffrì*» («¡Ah! No sabes cuánto sufre tu viejo padre»), de *La Traviata*. Para sanar el corazón arrepentido del niño recurre a su remedio habitual.

—Gigetto, ven, vamos a escuchar otra vez el preludio de la gota de agua de Chopin.

Padre e hijo se sientan en la sala de casa. Y vuelve a sonar —ya la han escuchado muchas veces— la melodía a veces dulce, a veces dramática, siempre nostálgica del preludio. Van y vienen varios temas que Beniamino y Gigi se saben de memoria, y sobre ellos continúa sonando la nota fija que explota en un *fortissimo* central. Gigi tiene la sensación de que el preludio esta vez es diferente, no sabe definir con precisión por qué; tendrán que pasar años hasta que pueda darle forma a su intuición. Pero en ese momento vislumbra que el secreto de la pieza reside en esa nota que se repite como una gota de agua que cae. Así es la vida, muchas cosas van y vienen, pero siempre la fantasía de colores y de formas de la existencia está dominada, de principio a fin, por

esa gota de agua insistente, por el deseo de felicidad. Hay un momento en el que la gota se retrae, parece que los temas musicales que están en primer plano han vencido. Pero Gigetto se da cuenta de que rápidamente reaparece, el deseo vuelve siempre con urgencia.

Después de algunos meses, Beniamino empieza a sufrir molestias al ir al baño. No se encuentra bien. A duras penas consigue trasladarse a Milán. Tiene que dejar su trabajo. El poco dinero que entraba en casa de los Giussani se reduce. Los ahorros que, con gran esfuerzo, habían guardado para una casa más grande los emplean en pagar médicos de Pavía y de Milán. Al final le diagnostican una tuberculosis renal. Angelina, que hacía lo imposible para llegar a fin de mes, está pensando en volver a trabajar en la fábrica de los Gavazzi. Brunilde ya ha nacido y se cría bien. Gigi está en quinto de Primaria, y suele sacar notas excelentes. Ya no tiene como maestra a su querida Clotilde Viganò. Bajita y con moño, junto a la estufa en invierno, sacaba de su bolso manzanas para enseñarle a sumar. Gigi ya es de los mayores, pero no se olvida de la que ha sido como una segunda madre. Ahora su maestro es Salvatore Fossataro, un exaltado fascista, ateo, que habla a sus alumnos de las glorias del *Duce* y de las maravillas que ha hecho por el pueblo italiano. La clase es muy numerosa, más de cincuenta niños se sientan en los pupitres. Fossataro está convencido de que Gigi debe continuar estudiando; tiene futuro si sigue con los libros.

—Giussani, ¿por qué no te vas al seminario? Seguro que a ti te hacen cardenal —le comenta un día para gastarle una broma.

Gigi, con diez años, no sabe lo que significa exactamente «ser cardenal». Tiene una idea vaga. Pero la broma se le queda dentro porque los que van al seminario se hacen curas. Su tía Erminia, su tía soltera, llevaba años haciéndole regalos para despertarle la vocación: velitas para poner en el altar, cálices para jugar a decir misa. Gigi nunca ha hecho caso a esos obsequios. Ahora es otra cosa, piensa en don Amedeo y en los otros curas de la parroquia. La idea de ser sacerdote le gusta. Una tarde, cuando Livia no está en casa, anuncia a sus padres su decisión.

—Papá, mamá, cuando acabe quinto quiero entrar en el seminario.

Angelina estalla de alegría. Sin decir nada, abraza a su hijo y luego le da las gracias a la Virgen. Beniamino no acaba de creerse lo que ha escuchado.

—Bueno, ya veremos. Estas cosas las dices ahora, pero hay que pensarlas mejor —acierta a formular.

Avanza el curso y la salud de Beniamino no mejora. Tardará en curarse. El maestro Fossataro le pide que vaya a verlo a la escuela.

—Señor Giussani, su hijo ha sacado excelentes calificaciones. Gigi tiene que seguir estudiando, debe marcharse a Milán. Ya sé que su familia en este momento tiene problemas económicos, pero por eso no debe preocuparse. Yo le puedo pagar el tranvía de Desio a Milán y los libros.

—Le agradezco mucho el gesto, señor Fossataro, pero Gigi quiere entrar en el seminario. Al principio me pareció que era una idea de chiquillo, que se le pasaría en unas semanas, pero lleva meses insistiéndonos.

Domingo, 1 de octubre de 1933. Angelina ha avisado a Livia de que la familia irá a la misa de las siete de la tarde, en la parroquia de los Santos Siro y Materno. Livia entra en el cuarto de su madre para que la ayude a vestirse y sobre la cómoda ve una sotana y un bonete de seminarista, un bonete sin borla.

—Mamá, ¿qué es esto? —pregunta.

—Es de Gigetto, se lo tiene que poner en la misa del revestimiento. Mañana se va al seminario.

—¡Cómo no me lo habéis dicho antes!

Livia está desolada, siente que pierde a su hermano, a su mejor amigo. Los preparativos para la entrada de Gigetto en el seminario menor de San Pedro Mártir se han llevado con discreción. Angelina no se siente acomplejada por no poder pagarle los estudios. Los gastos ascienden a quinientas cincuenta liras al mes, el sueldo de un obrero especializado. Con la cartilla de notas, ha ido a ver al párroco y le ha dicho que su hijo se merece que le ayuden. Gigetto ha superado el examen de Estado. Puede empezar la Secundaria. En el mes de agosto, el párroco envía una carta al rector para solicitar una beca. Después el aspirante se dirige al cardenal Schuster solicitando ser admitido.

Cuando llega la hora, la familia se traslada a la parroquia en silencio. Al final de la celebración, Gigi es revestido con la sotana que le servirá de segunda manta durante algunos años. Tiene diez años, le faltan pocos días para cumplir once, el pelo muy corto, las orejas separadas,

los labios prominentes, el gesto muy serio. Mientras suena la música del órgano, bajo la cúpula dorada y blanca, decorada con una estética del siglo XVIII, se cubre por primera vez con el bonete. Livia, cuando ve a su confidente, a su compañero de juegos, vestido de esa manera siente un estremecimiento. Gigetto es ahora Giussani Luigi. Solo se va a ocho kilómetros de casa, pero se va muy lejos. En los próximos años únicamente volverá tres días por Navidad, tres días por Pascua y tres semanas en verano.

La noche es corta y desde primera hora, como siempre, Angelina va de un lado para otro de la casa. Tiene que preparar los últimos detalles de la dote del seminarista, que incluye mudas, sábanas, mantas, algún libro. El seminario no viste las camas. Lo mete todo en un baúl de madera. El tío Umberto, con su carreta, viene para hacer el traslado. Los Giussani, como siempre, llegan pronto al gran patio del Monasterio de San Pedro Mártir, un patio con pórticos abiertos y dos inmensos abetos que custodian la fuente central. El edificio fue un convento en el siglo XVIII.

Bernardo Citterio, luego obispo, profesor de Italiano, Historia y Geografía, recibe a la familia Giussani y les enseña la capilla, las aulas, el comedor, los dormitorios.

—Luigi va a estudiar en el mismo sitio donde estudió y fue profesor el también vecino de Desio, su santidad reinante, Pío XI —les recuerda.

Hay en el seminario, a esas horas, ciento cincuenta Angelinas vigilantes, todas ellas tratando de imaginar cómo pueden ser los días y las noches de sus hijos en aquel inmenso edificio. La jornada pasa rápido y las madres hacen las camas para dejárselas preparadas a los chicos. Angelina dice en voz alta que, aunque solo sea 2 de octubre, conviene que los niños se tapen ya con la manta de invierno. Otra de las madres le responde que es mejor utilizar la manta de verano. A Luigi no se le ocurre intervenir, pero piensa que su madre lleva razón. Todo lo que está sucediendo en esas horas se le graba en el corazón. Después de la primera oración en común, llega la hora de acostarse en un inmenso dormitorio. Poco a poco el sueño les rinde a casi todos. Y a Luigi, en aquel cuarto tan diferente al suyo, tan lejos y tan cerca de sus padres y de Livia, le entran ganas de llorar. Ha comenzado una aventura que ha deseado en su corazón de niño, pero no puede imaginar hasta donde le

va a llevar. La dote que se ha traído de Desio no solo son algunas sábanas y mantas. La dote de Desio está hecha de pasión por la música y por la belleza, de historias contadas al caer el día, del sentido de justicia de su padre, de la religiosidad y la compasión de su madre, de una pobreza vivida con alegría, de juegos y complicidad con su hermana. La dote es también un oído ya acostumbrado a escuchar una nota dominante.